

MI COMPAÑERO DE VIAJE

ROBERTO J. PAYRO

Libros Tauro

EL Pouillac zarpó de Burdeos meses después del armisticio, con destino a la América del Sur. Venía tan atestado de pasajeros que, a bordo, era casi imposible moverse, tanto en los salones como en los camarotes, y aún sobre cubierta. Diríase que toda Europa se volcaba en el nuevo continente, pues lo mismo ocurría con los demás transatlánticos franceses, ingleses, holandeses, italianos o españoles, y en las agencias marítimas se alargaban cada día las ya interminables listas de pedidos de pasaje.

Entre aquella multitud cosmopolita, inquieta y bulliciosa, llaméme desde el primer momento la atención un caballero inglés - mister Reginald Barclay, según supe después, - cuya animada conversación y nerviosas pero cultas maneras despertaban generales simpatías. No tardamos, a raíz de algunos interesantes coloquios acerca de la situación del mundo después de la guerra, en trabar una de esas estrechas pero efímeras amistades que suelen nacer y morir en los transatlánticos, pero que no carecen de sinceridad mientras dura el viaje.

Mister Barclay, hombre de edad mediana, alto, robusto, de musculatura templada en los deportes, rubio, los ojos azules vivos, móviles y escrutadores, demostraba hacer vastos conocimientos, e ideas claras y originales, rayanas a veces con la paradoja. Animábalo un idealismo exaltado, "*sui generis*", que él trataba de disimular, pero que surgía a despecho suyo en el calor de la conversación, siempre enderezada a examinar los medios y las probabilidades de hacer de la humanidad una asociación más libre, más feliz, más fraternal. Pero también, a menudo, asomaba en su palabra un desencanto amargo, que le crispaba el rostro, mueca dolosa terminada siempre en estremecimientos de risa indefinible.

Había viajado mucho, recorriendo casi el mundo entero, desde las estepas rusas a las pampas argentinas, desde las grandes ciudades europeas hasta los desiertos africanos, y hablaba diversos idiomas, el francés correctamente, aunque con acento, el castellano, el portugués, y el italiano mezclándolos y confundiéndolos, pero lo bastante para hacerse comprender. El alemán y el irlandés le eran familiares, y sabía,

más o menos bien, otras lenguas y dialectos aprendidos en sus largas excursiones.

Debía de ser rico o gozar por lo menos de una situación muy holgada, pues no parecía haberse ocupado nunca de comercio ni de industria, ni de otras maneras de hacer dinero; llevaba un elegante y bien provisto guardarropa, y obsequiaba a menudo, con largueza, a sus nuevas y numerosas relaciones de a bordo, especialmente en las escalas de Vigo y Dakar, donde nos ofreció verdaderos banquetes. En estos casos mostraba una alegría ruidosa, que a mí me parecía forzada, y una afectuosidad que los ingleses no exteriorizan nunca para con los extraños. Por último había hecho como voluntario, toda la campaña de 1914 a 1918.

-Para acabar con la guerra - explicaba riendo.

Sus ideas eran, como ya dije, originales. En la comida de Dakar, después de beber una copa de champaña en honor de Francia y por la paz, mister Reginald Barclay expuso extrañas apreciaciones sobre la raza negra.

-Observen ustedes - exclamó - la inteligencia que revelan los ojos de estos senegaleses, la resolución, la energía de sus ademanes, la risa franca de sus anchas bocas, prueba de bondad, de conformidad, de alegría... Estos negros, que durante la guerra fueron feroces, son aquí la misma mansedumbre y merecen mucho más que el ridículo premio de haberlos hecho electores... Electores, ¿para qué? ¿Para acelerar su corrupción? Mejor hubiera sido no enseñarles a hacer la guerra de un modo aun más salvaje y brutal que el estilado por sus abuelos y por las tribus indómitas del Africa central. No dejarán de aprovechar un día la lección... ¡Y sin embargo! Hoy los he visto salir del trabajo, animados y alegres, con los ojos llenos de luz, riendo como niños, satisfechos de vivir... En ninguna ciudad de Europa se asiste a una salida de la fábrica o de los talleres, que denote semejante regocijo, y los mismos labradores vuelven a sus chozas física y moralmente agobiados... Es que en Europa estamos gastados hasta la médula y sobre nosotros gravita el enorme peso del trabajo acumulado de cien generaciones... Aquí está el

depósito, la reserva de energía de que el mundo necesitará mañana - terminó, lanzando una carcajada.

Sonreímos, pero un oficial francés, capitán del puerto, que comía con nosotros, no pudo tomarlo en broma.

-Según eso - exclamó - ¿usted cree en la superioridad del negro sobre el blanco?

-Simple cuestión de tiempo - replicó tranquilamente mister Reginald Barclay. En los Estados Unidos, en otros países de América se observa un florecimiento, una explosión de actividad que puede engañar a los espíritus superficiales: es el último espasmo de una raza exhausta, que la mestización ha regenerado insuficientemente. La decadencia será tanto más rápida después... La prueba está en que apenas acabada la guerra, allí y en todas partes se ha vuelto con furor a los pasados errores como el perro de la Escritura a su propio vómito...

El oficial francés emprendió una refutación acalorada, pero sus argumentos cayeron en el vacío, pues mister Barclay buscó una diversión, ayudado por los que temíamos alguna discusión terminada en disputa. Pero, días después, en una de las interesantes conversaciones que manteníamos, de con dos sobre la borda, contemplando la puesta del sol, siempre maravillosa en aquellas latitudes, me refería a sus palabras de Dakar como a una atrevida paradoja.

-Sin embargo - replicó riendo - me confesaré usted que no se necesita mucho para que los negros sean superiores a los blancos, si no en materia técnica o del conocimiento, en materia moral, lo que es mucho mejor. Mientras el blanco no puede ya salir de los caminos trillados, según está demostrándolo lastimosamente, el negro se nos presenta como un niño en quien todavía no se han desarrollado las facultades intelectuales, pero que posee una plasticidad incomparable, como que hasta ahora está completamente libre de influencias atávicas y tradicionales, morbosas y destructivas. ¡Quiera el cielo que no se le corrompa demasiado pronto, antes de que pueda comenzar su papel en el mundo!

-Parece usted harto pesimista respecto de los blancos y sobradamente optimista respecto de los negros, si es que no se divierte en inventar paradojas, - observé.

La expresión de mister Barclay cambió de pronto: la risa nerviosa que contraía sus labios trocóse en seriedad siniestra.

-¿Ha tomado usted parte en la guerra? - preguntó.

-No, señor.

-¡Ah!

Quedóse un momento silencioso mirando el horizonte, y las líneas crispadas de su máscara trágica fueron dulcificándose poco a poco, hasta la reaparición de su habitual sonrisa burlona.

-Entre la matanza -dijo- entre el degüello, pues también se degolló y furiosamente, de nuestro lado, aunque se calle, (¡así es la guerra!) yo pensaba, yo creía con la más ferviente convicción, que la humanidad estaba realizando un esfuerzo colosal, un sacrificio que llegaba hasta el de sus mejores sentimientos, de sus más nobles convicciones, para conquistar, al fin, sus aspiraciones de paz, de fraternidad, de justicia, de bienestar para todos los hombres. Así peleaba yo; por eso era implacable y hasta fui sanguinario. Al asaltar una trinchera, llegaba a la ferocidad salvaje,... por filantropía... Cerraba los ojos de la conciencia y hacía como los demás, peor que los demás. Soy creyente, y juzgaba que era preciso sacrificarse, perderse, condenarse, para salvar a los otros, a los que han de venir... ¡Y me he condenado inútilmente, por un espejismo, por una ilusión infantil!

Apoyados sobre la borda, contemplábamos la puesta del sol, que era aquel día deslumbrante.

-Mire usted el cielo - contestó mister Reginald Barclay, con una de sus más sardónicas carcajadas. -Es un mar de sangre luminosa que inunda los campos y las ciudades. ¿Ve usted la torre de los templos, el hacinamiento de las casas, fingidos por esa nube violeta, y que las olas rojas van invadiendo poco a poco? Es Londres, es París, es Berlín, es Constantinopla, es cualquiera de las grandes capitales, o todas a la vez, en fantástica síntesis... Aquí y allí un boquete verde esmeralda translúcido interrumpe como un lago tranquilo el paisaje siniestro, pero todo

lo demás es rojo y el rojo de sangre se convierte en rojo de ignición, y casas y torres se ennegrecen, se carbonizan ... Como hoy fue ayer, como ayer será mañana, sangre y fuego, fuego y sangre, la destrucción, el anonadamiento en lo imaginario y en lo real. ¡Ya no tengo esperanzas!...

Y rió.

-No hay que desesperar - murmuré. -Tenemos el armisticio, mañana vendrá la paz.

-¡Con la injusticia!

-Tenga usted más fe en los hombres.

-Con la injusticia, - insistió. -Ya ha vuelto a imperar. El sacrificio es estéril. . . "¡Rule Britannia!" ... Todos quieren imperar, todos hacer conquistas, enriquecerse, creerse de esencia superior, divina... ¡Ya estoy harto!

Su risa se hizo convulsiva.

-¡Vamos! - exclamé para tranquilizarlo.- ¡La evolución se acentúa, la Liga de las Naciones está en formación! ...

-La Liga no se hará, los hombres son demasiado egoístas, -interrumpió. - Se ha retrocedido en vez de avanzar, créame, y esto en todos los órdenes de la sociabilidad, y desde los individuos hasta las naciones. Para conservar superioridades ilusorias, hombres y países hacen abortar las posibles conquistas del porvenir. No. No habrá paz en la tierra ni aun para los hombres de buena voluntad...

La hoguera del poniente se había ido extinguendo poco a poco. Lagos, ciudades, torres y caseríos, mar de sangre y de fuego, todo se había fundido en una sola masa sombría de nubes negras. Tras de nosotros desfilaban los pasajeros esperando la hora de comer, sin que sus pasos acompasados nos arrancaran de nuestra preocupación. Un criado recorrió, por fin, la primera, repicando su campanilla, y la gente comenzó a bajar a los camarotes y al comedor. Nos quedamos solos en el puente.

-No. ¡No hay esperanzas! - exclamó mister Reginald Barclay rompiendo otra vez en una risa, que me pareció demente, y separándose de mi lado.

Creí que bajaba también al comedor, aunque se encaminara lentamente hacia popa. Le seguí con los ojos. A cierta distancia, unos diez pasos, se detuvo, volviéndome la espalda, apoyó la mano derecha sobre la borda, agazapóse un poco, y luego, gritándome "hasta la vista", soltó el resorte de sus músculos de acero y se precipitó al mar.

-¡Hombre al agua! - grité apenas pude vencer el pasmo enmudecedor de la sorpresa.

... Cuando se lanzaron los botes, la superficie del océano estaba desierta.

FIN